



“Histórias do Trabalho no Sul Global”

“Historias del Trabajo en el Sur Global”

“Labour Histories from the Global South”

I Seminário Internacional de História do Trabalho

V Jornada Nacional de História do Trabalho

Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis

25-28 de Outubro de 2010

CARTONEROS DE BUENOS AIRES. ENTRE EL TRABAJO INFORMAL Y LA PRESERVACIÓN DEL AMBIENTE. 2001- 2010

Verónica Paiva *

Mariano Perelman **

Introducción

Hacia fines de la década de 1990 y especialmente luego de la “crisis de 2001”, se expandió de manera significativa el “cartoneo”, la actividad de recolectar residuos potencialmente reciclables como modo de supervivencia. Si bien se trataba de una tarea

* Doctora de la Universidad de Buenos Aires, Área Ciencias Sociales. Docente-Investigadora de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, UBA. Directora de proyecto UBACyT, con sede en la FADU- UBA. paivav@yahoo.com.ar

** Licenciado en Antropología. Docente-Investigador de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Becario doctoral del CONICET. Investigador de proyectos UBACyT, con sede en FADU (UBA) y en IIGG (UBA). mdp1980@yahoo.com.ar

de larga data en el paisaje de la ciudad de Buenos Aires, en las últimas décadas que no sólo aumentó la cantidad de personas que ingresaron a la actividad y se modificaron las maneras tradicionales de realizar la labor sino que comenzó a analizarse el rol de estos recolectores informales en la preservación del ambiente, dado el importante caudal de materiales reciclable que volvían al circuito de la producción a través de una forma de trabajo no reconocida. En este contexto se comenzaron a implementar políticas públicas que intentaron regularizar la actividad de los cartoneros bajo el nuevo nombre de “recuperadores” y los incluyeron como actores formales del sistema de gestión de los residuos. Sin embargo, dichos programas no lograron mejorar la precariedad y la informalidad con que realizan sus tareas, exhibiendo un escenario que conjuga “pobreza y ambiente” y que exhibe la paradoja de preservar el medio, al tiempo que descuida la calidad de vida de los cartoneros.

De acuerdo con lo dicho, en la presente ponencia el objetivo es dar cuenta de la imbricada relación que existe entre el cirujeo y las políticas ambientales que se presenta en un constante equilibrio de rechazo y valoración de la actividad. Para ello, en el trabajo en un primer momento se dará cuenta, brevemente, de los procesos históricos que fueron construyendo la tarea, los sentidos que se le fue otorgando. Luego, se aborda la manera en que se fue configurando desde el incremento de la actividad hacia el año 2001, las características de este modo informal de actividad, su función en la cadena informal de recuperación y reciclaje de desechos y las políticas públicas implementadas para incluirlos dentro de la gestión de los residuos.

Los históricos sentidos asociados al cirujeo

En Buenos Aires, las personas que trabajaron con la basura fueron objeto -a veces por extensión y otras por construcción propia- de discursos similares a los que se referían a los desperdicios. Durante varias décadas fueron conocidos con distintos nombres (raneros, rebuscadores, *chiffonniers*, cirujas, cartoneros) que no sólo implicaron un proceso de nominalización sino que daban cuenta de relaciones, redes, discursos y maneras en que el ser trabajador y ser pobre era significados en diferentes momentos de la historia argentina. Sin embargo, pese a ello, lo que puede apreciarse es una

hegemónica negación de la actividad y de las personas que la realizaban en tanto trabajadores. Son vistos como pobres, desempleados, ladrones, delincuentes¹. Su peligrosidad social, también se manifestó en el constante intento ser alejado de la ciudad, cuando no eliminados (Perelman, 2008).

En la actualidad es posible marcar una diferencia entre recolección formal y la informal. Sin embargo, esta diferenciación no puede ser utilizada como elemento ni descriptivo ni explicativo de una vez y para siempre. Es cierto que la imposibilidad de diferenciar entre unos y otros adquiere importancia para los problemas actuales más que para los del momento. Los mercados (y la consiguiente legislación) formales de trabajo han puesto en lugares diferenciales los “derechos” de unos y otros. De esta forma, y sin pensar que la legislación *per se* emana derechos, esta indiferenciación es una puerta para comprender la manera en que los derechos que fueron adquiriendo los trabajadores durante el siglo XX, irán distinguiendo y construyendo formas identitarias, de nominar, de juzgar a los que “tenían un trabajo” y a los que tenía que “rebuscársela” (Perelman, 2007). Con respecto al cirujeo esta indefinición resulta importante a la hora de establecer los límites (o falta de ellos) entre dos formas que hoy aparecen fuertemente escindidas. En este sentido, la manera en que se fueron diferenciando los dos ámbitos refieren también a los discursos en torno a qué hacer con la basura, y la manera en que se fueron construyendo mercados diferenciales para los materiales reciclables y para la disposición (ya que los recolectores informales se irán dedicando a juntar lo que tiene valor de reuso mientras que los recolectores formales tendrán la tarea de “hacer desaparecer” los residuos).

Por su parte, como marcamos en otro lugar (Paiva y Perelman, 2008) creemos que es pertinente pensar a los cirujas como parte del sistema de recolección. Por más que las políticas referidas a la temática tendieron (salvo en los últimos pocos años y con serias contradicciones) a negarlos y perseguirlos, las personas que se encargaron de recolectar materiales con valor de reuso, han formado parte, aún en las condiciones descriptas, del sistema de recolección de residuos porteño llegando en 2006, según un informe del

¹ Por cuestiones de espacio no podemos desarrollar este proceso con mayor profundidad. Para ello puede remitirse a Perelman (2010), Gorbán (2009), Paiva y Perelman (2010), Schamber (2008), entre otros.

GCBA, a que el 97% de los materiales recuperados se haga por vía del circuito informal de recolección (Paiva y Perelman, 2008).

Desde fines del siglo pasado el cirujeo se realizó básicamente, en dos espacios. Por un lado, en las calles y por el otro en los “territorios acotados”².

Según se puede observar en las fuentes (memorias municipales, notas periodísticas, documentación estatal, relatos de viajeros, etc.) los que vivían en los territorios acotados (el barrio de las ranas, que existió entre 1860 y 1917) eran vistos como rufianes, prostitutas, truhanes, libertarios, se los describe como “animales” o como sujetos que recurrían a la recolección de residuos, ya sea, porque eran delincuentes o porque estaban enfermos y no conseguían otros trabajos. La quema y el barrio de las Ranas eran vistos como “depositero de los desperdicios” sociales. No sólo iba a parar la basura sino también personas no “útiles”, gente estigmatizada y “delincuentes”. El barrio formaba parte del circuito de los desechos. Era según el Primer informe de la Comisión de “Estudio de las basuras” de la municipalidad de la ciudad del año 1899 una “lepra incrustada en el municipio de la capital”³. Estos discursos no pueden comprenderse sino en el marco del crecimiento urbano (y poblacional) y del creciente peso de los discursos higienistas que vieron en grandes grupos de la población peligro (sanitario, social, moral). De esta forma, no es difícil comprender porque fue pensando como un barrio peligroso al que ni cronistas, ni periodistas ni oficiales se atrevían entrar.

A diferencia de los relatos sobre la quema, las personas que recolectan en la calle son vistas como “atorrantes” (en el caso de las fuentes municipales) o *chiffonniers* en vez de bestias marcando un límite también entre las actitudes en la urbe y la lejana y peligrosa quema de Basuras que iba desapareciendo para esta época.

La relación entre miseria, delincuencia, estigmatización y negocio(s) de las basuras ha sido una constante y se puede apreciar una continuidad de estas posiciones cuando el Barrio de las Ranas fue eliminado y se creó un nuevo basural en los barrios de Flores, Villa Soldati, Villa Lugano y Villa Riachuelo conocido como “la Quema del Bajo

² La relación espacialidad del cirujeo estuvo signada por los modos de disposición final de residuos. Así, el cirujeo era posible de realizarse en territorios acotados ya que la basura hasta 1977 era depositada en grandes basurales a cielo abierto.

³ Primer Informe de la Comisión de “Estudio de las basuras” (1899), Municipalidad de la Capital, pag 31.

Flores” (que existió entre la década de 1920 y 1977). Para los vecinos de Soldati, por ejemplo, la Quema marcó un antes y un después. Según las crónicas sobre la historia del Barrio de Villa Soldati recopiladas por la municipalidad en 1987⁴, la basura aparece como lo que viene a destrozar lo lindo y bueno que era el barrio. Además, conjuntamente con ello, surgen los cirujas, que “trabajaban” en el basural. Según se dice, el basural “era tierra de nadie”, o sea, dónde cualquier cosa pasaba. Sin embargo, como mostraré a continuación, visión “desde afuera” no dejó ver las relaciones que se generaron allí y las barreras morales que impedían a los “vecinos del barrio” entrar a una tierra que por esa misma razón era de alguien. El crecimiento del basural, las villas, los depósitos de compra y venta de residuos, le dieron a esa parte de la ciudad una fisonomía particular, a su vez que permiten explicar los modos en que, como dije, muchos de los vecinos adhirieron a las políticas de la última dictadura.

Con respecto a la nominación de la actividad, a partir de la década de 1930 va a ser el término ciruja el que se utilizará para referirse a las personas la realizaban. Sin embargo la pugna de sentidos en torno a las personas que realizaban la actividad seguirá presente. Los informes municipales los tratarán como “desocupados”, hablan de “oficio”, en especial en la década de 1940.

El componente de marginalidad y violencia también aparece en los discursos de los cirujas, pero a diferencia de las fuentes de la época, resignificado como valoraciones positivas.

Hasta la década de 1970, el cirujeo quedará ligado a tres significados distintos aunque muchas veces ensamblados por el uso corriente, siempre con una fuerte carga peyorativa. Por un lado, se lo empleaba como sinónimo de vagabundo; por otro, como rebuscador de residuos entre la basura; también existió una fuerte ligación entre recolección de residuos y delincuencia, peligrosidad.

Además del cierre de los basurales, la persecución de la pobreza en sus diferentes manifestaciones, la actividad fue prohibida y reprimida esgrimiendo razones que tenían como base que la actividad era perjudicial para los que la realizaban, a lo que Schamber (2008) refirió la “represión ‘humanitaria’” ya que se los perseguía, supuestamente, por su

⁴*Nostálgicas vivencias el Barrio de Soldati*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1987.

propio bien. Entonces, a las viejas estigmatizaciones se le sumaron las producidas por la dictadura en un doble discursos: con respecto a los pobres y con respecto a los cirujas.

Una vez cerrada la quema y desarticulada aquella configuración, los cirujas siguieron diferentes caminos. Algunos emigraron con la basura al conurbano bonaerense para seguir realizando la actividad en los basurales. Otros, continuaron realizando la actividad en la ciudad pero en las calles ya sea con camiones o con carros tirados a caballo o a mano.

En esta etapa, se diferenciaba a *cirujas* (quienes recogían los residuos directamente de los basurales a cielo abierto que quedaban en lugares marginales o en el conurbano bonaerense) de *botellero* (quienes compraban los envases al vecino trasladándose con carro tirado a caballo) (Paiva, 2008).

A partir de la década de 1990 se producen una serie de cambios que modifican significativamente la labor de los cirujas, los que, no sólo comienzan a ser nuevamente visualizados en el paisaje de la ciudad de Buenos Aires, sino que, por otra parte, comienzan a ser llamados “cartoneros”. Esta nueva denominación no es azarosa ni poco significativa, si no que esconde una serie de procesos económicos, sociales y políticos que tuvieron fuerte impacto en la reconfiguración del sentido asociado a la figura del recolector de desechos, tanto como trabajador, como en su vinculación con la preservación del ambiente. Nos referimos a ello en el punto siguiente.

Los cambios de los '90. El surgimiento del sujeto cartonero

En la Argentina, la década del '90 estuvo signada por una serie de reformas ligadas al rol que ocupaba el estado en materia económica y en la modificación de las leyes de regulación de los derechos laborales. Concretamente, se trató de un conjunto de medidas que incluyeron la privatización de empresas públicas, la reducción de la protección arancelaria a las importaciones, y, en materia de empleo, la flexibilización laboral (modificación de las normas de contratación, trabajo no registrado, etc), la reducción de

las contribuciones patronales a la seguridad social y la modificación de las normas relativas a los accidentes de trabajo.

Todo este conjunto de medidas tuvieron un impacto importantísimo en el incremento de la desocupación abierta, el crecimiento de la desocupación y la subocupación y la destrucción directa de puestos de trabajo (Beccaria, 2001)

En lo relativo a la desocupación y subocupación, mientras en el año 1991 la primera rondaba el 15% y la segunda al 5,5%, en el año 1995 estas cifras se elevaron al 18,5% y al 16,3% respectivamente, mientras que en diciembre de 2001 ambos valores alcanzaban al 36,3% (Bermúdez, 2001:18)

Las consecuencias de esta debacle económica fueron muchas y de diverso orden. En cuanto a lo social, implicó la profundización de la pobreza estructural y la pauperización de los sectores medios y en cuanto a lo político, coadyuvó a un desprestigio generalizado en la dirigencia política y en su capacidad para llevar adelante un país económica, política y socialmente viable que finalizó en una secuencia de protestas en tuvieron como epicentro el Área Metropolitana de Buenos Aires, que culminaron con la renuncia de quien era por entonces presidente de la nación, Fernando de la Rúa y que fue consagrada dentro y fuera del país, con el nombre de “crisis 2001”.

Dicha crisis tuvo múltiples efectos en relación a la problemática que nos ocupa, es decir, los cirujas, la recolección de basura y los sentidos otorgados a la actividad.

Por empezar, en materia estrictamente laboral, lo cierto es que la desocupación no golpeó por igual a todos los sectores poblacionales, si no que afectó particularmente a los habitantes localizados en áreas urbanas - en especial a los localizados en el conurbano bonaerense – y particularmente a aquellos con menor nivel de escolaridad, es decir, los pobladores instalados en sitios urbanos que ya eran pobres cuando estalló la crisis y se empobrecieron aún más durante su transcurso.

En ese contexto, de fuerte desindustrialización y pérdida de empleos directos (es decir, no reemplazables), la recolección de desechos con valor de reventa se convirtió en una estrategia de supervivencia para estos sectores poblacionales, esencialmente, por la inexistencia de otras fuentes de empleo- ni siquiera informales y/o precarios – y por la

disponibilidad de residuos existentes en las calles de la ciudad de Buenos Aires, dado que, hasta el año 2002, las normativas locales no preveían la recolección diferenciada de desechos, y por tanto, dejaban a disponibilidad de los pobres y desocupados del conurbano bonaerense, una gran cantidad de residuos con valor de reventa en el mercado interno de postdesecho⁵, que se convirtió en una opción de supervivencia económica para muchas familias del Conurbano (Paiva, 2008).

En ese cuadro de situación, las calles de la ciudad de Buenos Aires comenzaron a poblarse de grupos familiares enteros dedicados a la recolección de desechos, revivificando la imagen del antiguo cirujeo, es decir de una tarea que se había perdido en el panorama cotidiano de la ciudad de Buenos Aires, pero reactualizándola con un significado totalmente diferente al que tenía en etapas anteriores. Para el pauperizado habitante de la clase media porteña,⁶ golpeado por la crisis tanto como el pobre estructural, afectado en sus ingresos al calor del desempleo y/o el “corralito”⁷ que le denegó el acceso a sus propios ahorros e imbuido por el descreimiento generalizado en la dirigencia política argentina, estas familias pobres recolectando basura era la Ciudad, eran la imagen más nítida y abyecta de la pobreza en la que se encontraba la Argentina y el ícono más duro del derrumbe de aquel viejo país, caracterizado por la amplitud de su clase media y por la existencia de un grupo no tan amplio de pobres, empleado en fábricas que aseguraban el casi pleno empleo y con acceso a la escolaridad para todos sus miembros (Feijoo, 2003).

En ese panorama de descreimiento y desolación general, estos nuevos cirujas fueron bautizados por el periodismo como “cartoneros” y se llevaron la solidaridad generalizada de la clase media, que ya no los veía como “marginales”, “criminales” o “alcohólicos” (como en el pasado), sino como seres honrados y trabajadores, que urgidos

⁵Se denomina postdesecho o postconsumo a los residuos que se generan luego del uso doméstico o industrial. En las ciudades donde no existe recolección diferenciada, estos desechos terminan en la disposición final junto al resto de residuos no reciclables o reutilizables.

⁶ Se conoce con el nombre de porteños a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

⁷ En Diciembre de 2001, en un marco de fuga de capitales de los bancos, el ministro de economía Domingo Cavallo, del gobierno de Fernando De La Rúa, decreta lo que más tarde, y con ciertas modificaciones se conoció como el corralito. La extracción de efectivo quedó restringida a 250 pesos (dentro del contexto de convertibilidad, esto quiere decir, 250 dólares) por semana y los plazos fijos fueron reprogramados automáticamente

por la necesidad, salían a recoger basura para sostener a sus familias, por lo demás, una institución altamente valorada por la clase media.

Pero además de estos hechos ligados a la situación social de la Argentina de esos años, es preciso dar cuenta de otros sucesos que terminaron de moldear el nuevo significado que tendrá la tarea del cartonero desde el año 2002.

En este sentido, es precioso decir que años antes a la “crisis 2001” algunos investigadores de universidades argentinas venían argumentando en sus escritos que, detrás de la tarea de los cartoneros, existía una actividad de recolección y recuperación informal de desechos que contribuía a la preservación del ambiente. Ello así, porque al recoger residuos reutilizables reingresaban al circuito de la producción y el consumo, desechos que de otro modo iban a dar a los sitios de disposición final sobrecargando los rellenos sanitarios.⁸ (Suárez, 1998, Schamber, 2001). Sin embargo, estas propuestas no superaban el límite de los escritos académicos o el de las revistas especializadas, y en todo caso, sólo gozaban de la aceptación de algún miembro de la Legislatura Porteña – como el diputado Valdés – que fue el único que tomó la propuesta y la sostuvo políticamente entre los legisladores porteños. Por ese entonces, los investigadores académicos junto al diputado Valdés y sus asesores, impulsaron la realización de un evento llamado el llamado “El trabajo no es basura” que se realizó en la sede de la Legislatura porteña en octubre de 2001, y cuyo nombre deja ver claramente el nuevo sentido que pretendía otorgársele a la actividad: por un lado, proponer que el “cartoneo” era un trabajo, y además, que dicho trabajo era una labor de tipo ambiental, al proponer que los cartoneros reingresaban al circuito de la producción materiales reciclables, evitando la sobresaturación de los rellenos y la contaminación del ambiente.

Sin embargo, más allá de los escritos académicos y de la acción política, lo cierto es que fue sólo después de estallada la “crisis 2001”, que estos proyectos de ley se hicieron efectivos, y de ese modo, la labor de los cartoneros pasó a ser parte de la gestión oficial de los residuos.

⁸Método para el tratamiento de los desechos que supone el enterramiento con filtros previos que evitan la contaminación de las capas del suelo y del agua.

Concretamente, fue sólo al calor de un conjunto de factores que reunieron: la expansión de la actividad del “cartoneo” por efecto del desempleo, la mirada complaciente de la clase media que signó su labor positivamente y el estallido de la crisis política del año 2001, que todos aquellos escritos y proyectos legislativos que hacían pié en la faceta “laboral” y “ambiental” de los cartoneros, se concretaron en leyes y políticas concretas para la ciudad de Buenos Aires.

Sin embargo, se trata de un conjunto de leyes y políticas con diferente nivel de aceptación en la mirada de la población de la ciudad de Buenos Aires y que tienen marchas y contramarchas en el seno de la Legislatura porteña.

Leyes y políticas sobre los cartoneros y la recolección de residuos

En lo relativo al Área Metropolitana de Buenos Aires, en el año 2003 el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires tomó una posición activa frente al tema, sancionando en la Ley N° 992 que “incorpora a los recuperadores de residuos reciclables a la recolección diferenciada” (art 2°) y crea el “Registro Único Permanente de Recuperadores de Materiales Reciclables” (art.4°). (GCBA, 2003). A partir de la sanción de esta Ley, se despenalizó la actividad en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires, se formalizó la labor y se la integró como parte de la gestión oficial. Fundamentalmente, se intentó valorizar la tarea al resignificar la antigua figura del ciruja por la del “recuperador de residuos”, brindándole, además, servicios médicos, elementos de higiene y seguridad (guantes) y credenciales identificatorias.

Como dijimos, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires pudo llevar adelante esta política en el marco de la crisis 2001, es decir en un escenario muy favorable a la consagración de la problemática, ya que, en el contexto de aquella eclosión social y política, se dignificó la figura del cartonero asociándole valores positivos tales como la de “pobre pero digno” o “trabajador y honrado” (Adissi, 2004: 5-8), lo que permitió instalar la temática en la escena pública y habilitó la sanción de leyes como la N° 992 que legalizó la actuación de los cartoneros y creó la figura del recuperador de residuos

Sin embargo, luego del fervor inicial, los logros del programa mermaron y a siete años de su creación puede afirmarse que sus frutos han sido escasos en lo relativo al mejoramiento de las condiciones de labor del trabajo cartonero. En la misma línea, esta situación de precariedad laboral en que se realiza la actividad – de a pié, con carros tirados a mano, abriendo las bolsas de residuos y con el conjunto de la familia realizando la tarea - no termina de convencer a la opinión pública sobre las virtudes del trabajo cartonero, que se visualiza a veces como “labor ambiental” y en muchas otras “como la expresión de la pobreza abyecta, como un indicador de la falta de empleo genuino en el país, y por tanto, como una actividad que no debiera existir”.

Unido a ello, finalizado el fervor de sensibilidad que despertó la crisis 2001, otros sentidos asociados a la figura del cartonero se dispararon en la opinión pública. Por un lado, el temor a la inseguridad (en la cual los cartoneros son visualizados como posibles delincuentes), y por otro, la queja por la falta de higiene que provoca la tarea en razón de la dispersión de residuos en las calles.

En el contexto de este arco de posiciones encontradas y diversas en torno al tema cartonero, con posterioridad a la ley N° 992, el Gobierno de la ciudad sancionó un nuevo pliego de recolección de residuos– el Pliego 6/03 – que puso en marcha la gestión integral de los residuos en la ciudad, a través de un sistema mixto en el que intervendrían las empresas, los cartoneros y las cooperativas de recuperadores. (GCBA, 2003) De acuerdo con dicho Pliego, mientras las empresas debían realizar la recolección diferenciada de los “grandes generadores” (hoteles de 4 y 5 estrellas, edificios de más 19 pisos y los edificios públicos del Gobierno de la Ciudad), los cartoneros se ocuparían de recolectar los residuos provenientes de la generación domiciliaria y las cooperativas administrarían los “centros verdes”, es decir, locales de acopio “temporario”, situados en cada una de las 6 zonas en que está dividida la recolección de la Ciudad. El objetivo central de los centros verdes era ser el nexo entre los cartoneros, los vecinos y el resto del circuito de intermediación. Respecto de los cartoneros, se trataba de que los centros estuvieran ubicados en sitios cercanos a su tránsito usual y cotidiano, de modo que pudieran seleccionar y vender los residuos en esos locales, evitando la dispersión de desechos en la urbe, e intentando, a la vez, que las cooperativas fortificaran el lazo social entre los miembros de esta actividad, que suele realizarse de manera individual y con

poca conexión entre los agentes que la llevan a cabo. Por otro lado, las cooperativas debían cumplir también tareas de promoción ambiental entre los vecinos, implementando acciones tendientes a la fortificar la cultura de separación domiciliaria. Por último, de acuerdo con las disposiciones primitivas del Pliego, cada cooperativa se sostendría con la venta de los residuos recolectados y sería, de este modo, el vínculo que conectaba esta primera fase de la recolección y recuperación de desechos, con el resto de los actores del circuito informal, es decir, con los distintos niveles de acopiadores que intervienen en la compraventa de residuos, hasta llegar a las empresas finales.

Sin embargo, a cinco años de sanción de la normativa sólo se han construido tres centros verdes y a partir de la asunción de las nuevas autoridades en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, en diciembre de 2007, se reorientó sustancialmente el sentido original del Pliego 6/03, ya que la nueva administración no es proclive a favorecer el trabajo de los cartoneros no asociados en las calles de la Ciudad, y sostiene la propuesta de que todos ellos pasen a formar parte de alguna de las cooperativas de recuperadores existentes, para que éstas sean los agentes esenciales de la tarea de recuperación de los desechos de la Ciudad. Las causas invocadas, son, que no es posible sostener el trabajo precario en las calles y que la salida es la cooperativización para asegurar una labor digna.

Frente a esta medida, durante el mes de abril de 2010, los cartoneros, las cooperativas de recuperadores y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, llevaron adelante un conflicto importante en relación a la situación de los cartoneros no asociados a ninguna cooperativa, justamente por la puesta en marcha de la norma que supone la asociación de los cartoneros en organizaciones cooperativas y que no deja claro cuál serán las medidas a tomar con aquellos que se mantengan en el trabajo individual sin asociarse. ¿la expulsión de la Ciudad?, ¿la prohibición de su trabajo?. (Videla, 2010)

Finalizada la reseña de las políticas públicas implementadas y de las visiones encontradas que existen en torno a ellas, sólo queda reflexionar sobre algunas cuestiones. Centralmente la siguiente ¿por qué subsiste esta dispuesta de sentidos en torno a labor cartonera?, ¿por qué no se alcanza una opinión estable y única que permita encaminar

decididamente la actividad cartonera dentro de la gestión de los residuos de la ciudad de Buenos Aires?.

Reflexiones finales

Como se ha visto a lo largo de estas páginas la actividad del “cirujeo” tiene larga data en el paisaje de la ciudad de Buenos Aires y fue objeto de diversos sentidos a través del tiempo.

En términos generales, puede decirse que, existe toda una larga etapa que puede ubicarse desde su nacimiento en el siglo XIX en los bordes de las “quemadas” de la Ciudad y hasta fines del siglo XX, en la cual el “cirujeo” es signado como una actividad marginal, prototípica de “ladrones, enfermos, prostitutas o alcohólicos”, es decir, como una actividad de sujetos marginales, en la cual, casi no existen registros del tratamiento del tema bajo la óptica de la categoría “trabajo”.

Y por fin, una segunda etapa que parece abrirse a fines de la década de 1990 y en especial a partir del 2002, en la cual la actividad pretende rescatarse no sólo como un “trabajo”, sino como “trabajo ambiental”, es decir, como una labor que preserva el medio al rescatar de la basura aquellos desechos que pueden volver al circuito de la producción y no sobrecargar el ambiente.

Sin embargo, la figura no está ausente de disputa de sentidos que no permiten instalar definitivamente la figura del cartonero como actor de recolección pública de los desechos. ¿Por qué razones se dispara esta diversidad de opiniones que no permiten saldar el asunto?

Si bien en estas breves conclusiones no podrán desplegarse todas las aristas que rodean la cuestión, pretendemos, al menos, esbozar algunas líneas de análisis que permitan abrir la reflexión sobre el problema.

En principio, puede pensarse que la conflictiva relación “pobreza – ambiente” que acarrea la recolección informal de residuos y que entra en coalición con el propio concepto de ambiente –que desde los ’70, resulta inseparable de la noción de calidad de vida – resulta una contradicción difícil de superar, que incide en la falta de acuerdo entre los decisores de políticas públicas.

En la misma medida, y no deslindado de lo anterior, si bien la crisis que estalló en el 2001 reconfiguró la imagen del cartonero en imaginario social y le asignó una serie de valores positivos tales como “pobre pero digno”, “trabajador honrado” o “reciclador de residuos”, lo cierto es que instaló la temática pero sin fijarle un criterio definido en torno a su figura y al perfil de su labor, constituyendo un sujeto social que hasta hoy continúa con un estatus difuso en la estructura social, sin encontrar un lugar certero que lo ubique como un pobre, un trabajador o un sujeto marginal.

De esta forma, puede decirse que se trata de una contradicción que sigue viva en el imaginario social y que obtura seriamente la posibilidad de incorporarlos definitivamente en la gestión oficial de los desechos, ya que hasta el momento resulta suficientemente claro en el imaginario social cuál es el valor social que asignamos a dicho sujeto y a la tarea que realiza.

Bibliografía

Adissi, Grisel. 2004. “El fenómeno cartonero en los medios gráficos porteños. La construcción de un nuevo sujeto objeto histórico” en *URBARED, Universidad de General Sarmiento* (disponible en www.urbared.ungs.edu.ar)

Beccaria, Luis (2001). *Empleo de Integración social*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Bermúdez, Ismael (2001). Diario Clarín, Suplemento Económico, 14 de diciembre, pág. 18

Feijoo, Maria del Carmen. (2003). *Nuevo País, nueva pobreza*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

GCBA Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. 2003 “Ley N° 992 de reglamentación del trabajo de los cartoneros”, Reglamentada por Decreto N° 622 del Gobierno de la Ciudad. En Boletín Oficial del Gobierno de la Ciudad (BOCBA) N° 1702.

GCBA. Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Secretaría de Medio Ambiente y Planeamiento Urbano. 2003. *Pliego de Bases y Condiciones generales y particulares para la licitación pública nacional e internacional para contratar la prestación del servicio público de higiene urbana para cinco zonas de la ciudad de Buenos Aires*, Expte N° 54.572/02, Decreto N° 1838, BOCBA 1795, 14/10/03.

Gorbán, Débora (2009). La construcción social del espacio y la movilización colectiva. Las formas de organización espacial de los sectores populares en Buenos Aires. (*Salir a cartonear*, desentrañando prácticas y sentidos del trabajo entre quienes se dedican a la recolección de materiales recuperables). Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Paiva, Verónica (2008) *Cartoneros y cooperativas de recuperadores. Una mirada sobre la recolección informal de residuos. Área metropolitana de Buenos Aires, 1999-2007*. Buenos Aires: Prometeo.

Paiva, Verónica y Mariano Perelman (2010) “Aproximación histórica a la recolección formal e informal en la ciudad de Buenos Aires: la ‘quema’ de Parque Patricios (1860-1917) y la del Bajo Flores (1920-1977)” en *Theomai* 21, (en prensa).

Paiva, Verónica y Mariano Perelman (2008) “Recolección y recuperación informal de residuos. La perspectiva de la teoría ambiental y de las políticas públicas. Ciudad de Buenos Aires 2001-2007”. *Cuaderno Urbano* 7: 35-54.

Perelman, Mariano (2010) “El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires. Visibilización, estigma y confianza”. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*. Madrid: Asociación Iberoamericana de Antropología, 2010. vol. 5 (1): 94-124.

Perelman, Mariano (2008) “De la vida en la Quema al trabajo en las calles. El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires” en *Avá. Revista de Antropología* 12: 117-135.

Perelman, Mariano (2007) “El cirujeo ¿rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones de la actividad en la Ciudad de Buenos Aires” en Pablo Schamber y Francisco Suárez (comps.) *Recicloscopio. Miradas sobre recolectores urbanos de residuos en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS-UNLa., pp. 245-267.

Schamber, Pablo. (2001). Exposición presentada en las 1ras Jornadas Multisectoriales sobre reciclado y recicladores. El trabajo no es basura, Buenos Aires, Legislatura de la ciudad autónoma de Buenos Aires, octubre.

Schamber, Pablo (2008) *De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.

Suárez, Francisco. (2001). *Actores sociales de la gestión de residuos sólidos en los partidos de Malvinas Argentinas y José C. Paz*, tesis de maestría en Políticas Ambientales y Territoriales, Facultad de Filosofía y Letras, UBA (mimeo)

Videla, Eduardo (2010). “Los cartoneros no pierden sus carritos” en *Diario Página 12, Suplemento Sociedad*, 14 de abril.

